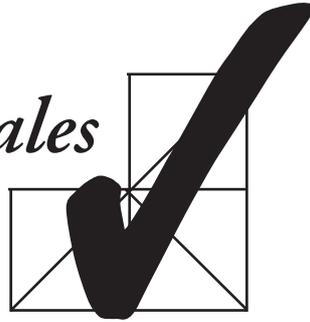


Lecturas y señales



Los diarios de Emilio Renzi. Un día en la vida

Daniel Matusevich

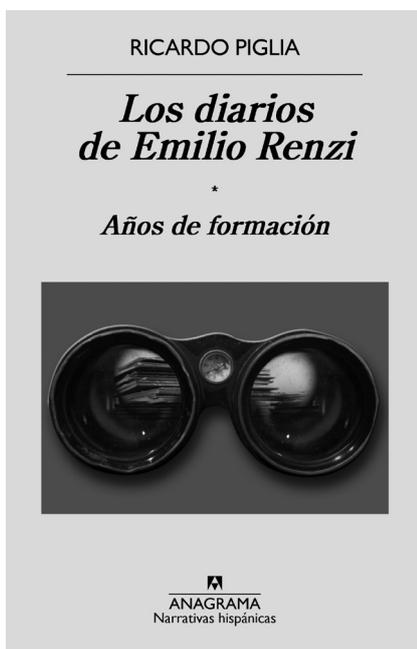
“Se distingue a un verdadero maestro en que carece de arrogancia. Muestra la incertidumbre y deleite de ir aprendiendo, no la soberbia de saber. En las breves paginas de estas charlas sobre el arte de la ficción se aprende tanto que uno tiene la sensación de escuchar la voz de James Salter”

Antonio Muñoz Molina

Ricardo Piglia falleció en enero de 2017 a los 75 años, víctima de las complicaciones originadas por una enfermedad degenerativa que poco a poco fue tomando el control de su vida. *Los diarios de Emilio Renzi* iban por el segundo tomo, completándose su publicación en marzo de ese año.

Emilio era el segundo nombre de Piglia y era también el *alter ego* que transitó su obra en distintos momentos de su vida y de la historia de Argentina. De esta forma fue configurando un fresco sensible y profundo de distintas realidades personales y sociales, mezclando la novela con el diario para definir un cruce de estilos impar que quizás constituya el legado de un autor único e irremplazable.

En esta ocasión decidimos comentar el último tomo de *Los diarios...*, más específicamente “Días sin fecha”, el final de la obra que coincide con el final de la vida de Piglia; nuestra elección se fundamenta en que las casi 50 páginas que conforman este capítulo constituyen una de las reflexiones más profundas y conmovedoras sobre la enfermedad y la muerte, escritas desde la primera línea por alguien consciente del final del camino.



Ricardo Piglia
Anagrama, 2017

Estamos de acuerdo con Luciano Lamberti cuando plantea que su Piglia preferido es el Piglia ensayista, el que es capaz de encontrar ideas en cualquier idea y de transformar imágenes en narraciones que no son novelas, no son cuentos, sino objetos muy difíciles de clasificar que ejercen una atracción en el lector semejante a leer una novela policial, uno de los géneros preferidos del autor de *Respiración artificial*. En este caso, la enfermedad y la muerte actúan como hilos visibles e invisibles que unen los últimos días en Estados Unidos, la despedida, la jubilación, el regreso a la Argentina y algunos acontecimientos más que definen el final de una historia a los que haremos mención brevemente en este comentario.

“Paso la noche internado en el Hospital de Princeton... pensar no es recordar, se puede pensar, aunque se haya perdido la memoria (lo vengo sabiendo por mí desde hace años: solo recuerdo lo que está escrito en el diario)”. Este comienzo nos prepara para lo que va a venir, la sensación de pérdida de control existencial, la impresión de no ser dueño del destino, de perderse mientras se van perdiendo capacidades y sentidos, en ninguna de las novelas o cuentos de Piglia estuvimos tan cerca de experimentar esa sensación como en estas páginas finales.

Releyendo a Brecht y a Adorno, vuelve sobre la vieja idea acerca de si es posible describir el horror de los campos de exterminio nazis “...después de lo que pasó en el campo de Auschwitz es un hecho de barbarie escribir un poema, y este hecho corroe incluso el conocimiento que señala porque se ha hecho hoy imposible escribir poesía”; este fragmento nos conecta con la pregunta sobre la posibilidad o imposibilidad de escribir sobre la propia muerte sabiéndose en las inmediaciones de esta. La respuesta de Piglia es que sí, que se puede y estas páginas son la demostración, apelando a un sistema de citas, referencias y descripciones que intentaremos seguir.

En primer lugar, aparece el relato del suicidio de Antonio Calvo, encargado de enseñanza de la lengua española en Princeton; nos enteramos de que este hecho trágico sucede tres días después de haber sido cesanteado por la administración de la Universidad. En una sola línea Piglia plantea que “nada explica un suicidio” además de agregar que “la significación de las palabras depende de quien tenga el poder de decidir su sentido”.

La pista sigue con Pavese, uno de los autores preferidos de Piglia, recordamos brevemente aquí el cuento “Un pez en el hielo” con Renzi como protagonista e investigador del suicidio del italiano a partir de la lectura de su Diario (el de Pavese), como “un crimen que era preciso descifrar”. En este caso nos recuerda que en *El oficio*

de vivir “el suicidio es el fin deliberado del diario (“basta de palabras, un gesto, no escribiré más”), le da un aire de conclusión inevitable”.

Por último, aparece una mención a *El ser y la nada* de Sartre que también convocó nuestra atención: “... me interesa la distinción que establece Sartre entre estar muerto y estar retirado: en el primer caso el pasado no existe; en el segundo no hay otra cosa”. Las reflexiones sobre la muerte continúan con Kafka, Melville, Hemingway, Chejov y terminan con Turguenev: “...la enfermedad de Bazarov está tan bien descrita que yo mismo me debilité y tuve la sensación de contagiarme de él”. La verdad en el lugar del muerto dice Piglia, el moribundo que no alcanza a decir quién fue el asesino mientras la película termina.

Preguntarnos acerca de si imaginó o no su propio suicidio no tiene aquí mucho sentido, la peripecia está latente, el análisis de sus páginas finales nos remite a esa posibilidad, avalada por líneas en las cuales aparecen de manera clara momentos en los que se verifica una pérdida de control sobre el cuerpo; es muy parecido el relato de Sandor Marai en las páginas finales de *Confesiones de un burgués*, otra edad, otros tiempos, pero la misma lucidez para observarse. Piglia da ejemplos en donde la escena central de un relato no se narra y el lector debe imaginarla, ya que lo que se sustrae define la historia.

Perspicacia en la observación que se expresa a través de frases como las que siguen: “...he empezado a declinar inesperadamente. No hay quejas... La mano derecha está pesada e indócil, pero puedo escribir. Cuando ya no pueda... La enfermedad como garantía de lucidez extrema”; el cierre de los diarios coincide con el cierre de la vida, mientras la obra se abre cada vez más a múltiples análisis e interpretaciones.

Creemos que el fragmento final del prólogo escrito por Antonio Muñoz Molina para el trabajo póstumo del increíble James Salter se puede aplicar perfectamente a la obra de nuestro autor, “El último lector” de las letras argentinas al cual las lecturas y relecturas por venir no harán más que agrandar su leyenda.

“El lenguaje tiene su propia temporalidad; mas bien es el lenguaje el que define nuestra experiencia de la temporalidad, no solo porque la tematiza y la encarna en la conjugación de los verbos, sino porque impone su propia duración al usarlo. Para estar a la altura de la velocidad de circulación de las nuevas tecnologías, habría que abandonar las palabras y pasar a un lenguaje inventado, hecho de números y notaciones matemáticas”. ■